

Jorge Narváez '48
**La inconclusa historia de un
 duende chilensis**

Hernán Miranda

41

Corría diciembre de 1992 cuando un inquietante rumor empezó a circular por los medios literarios santiaguinos. Se decía que había muerto Jorge Narváez, el poeta y estudioso de la literatura latinoamericana que a fines de los '60 estuvo ligado al grupo Arúspice de Concepción y que, en los '80, realizó una intensa labor intelectual en Santiago luego de retornar de Estados Unidos portando el diploma que lo acreditaba como doctor en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Nueva York. Originalmente se dijo que Narváez, por entonces residente en Brasil, había muerto -víctima de una repentina enfermedad- en París, donde pocos años antes había estado profundizando estudios sobre literatura testimonio. Ahora, en 1995, se sabe apenas un poco más: que su muerte fue en septiembre u octubre de 1992 en Colombia, donde estarían sepultados sus restos.

El cúmulo de incertezas que rodean la desaparición de este creador y estudioso chileno es uno más de los hechos que singularizan una brillante y fugaz existencia iniciada en 1948 en Concepción y concluida 44 años más tarde.

Para quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo, se trata no sólo de una intrincada historia con un doloroso e inesperado final. Es un apretado nudo no resuelto, es una parte de nuestra memoria individual y colectiva que duele y lastima. Ello nos impulsa a testimoniar, a dar fe en este demorado e imprescindible In Memoriam.

TALLER DE LA SECH

Treinta y tres años tenía Jorge Narváez cuando lo conocí en 1981. Ello ocurrió en ese Taller, dirigido en la SECH por Jaime Quezada, que logró reunir en plena Dictadura a una veintena de poetas emergentes con algunos de los que habíamos iniciado los tratos con la Poesía en los años sesenta.

Narváez venía de vuelta de Nueva York y Centroamérica, y a todas luces derrochaba entusiasmo.

Es imposible no recordar esa imagen: delgado y juvenil, sorteando los fríos invernales enfundado en una chaqueta delgada y asistido por una bufanda palestina, moreno, con un sutil bigote casi bozo que en otros siglos le habría dado patente de espadachín y una mirada encendida que se compensaba con un trato gentil y desprovisto de arrogancias. Un doctor absolutamente no doctoral, un expositor que no hablaba por boca de ganso, un poeta que escuchaba los versos de los otros, un poseído por las directrices del pensamiento y la acción; un intelectual no competitivo y dispuesto a abrirle camino a los otros, que al poco tiempo de llegar encabezaba la Coordinadora de Gremios del Arte.

Como parte de las actividades de ese Taller se realizó un

recordado encuentro de dos días en Punta de Tralca, en pleno invierno, y, como otro punto sobresaliente, el titulado "Presencia y ausencia de una generación", una jornada realizada en la SECH el 19 de noviembre de 1981. En esa oportunidad, junto a Floridor Pérez, Jaime Quezada, Bruno Serrano, Enrique Valdés y el autor de estas líneas, con Juan Gabriel Araya haciendo de moderador, Narváez entregó su testimonio:

- "Nosotros somos los poetas del Nescafé clásico, en una época en que no existía la TV y escuchábamos -no veíamos- el mundial", empezó diciendo Jorge Narváez. "Vimos y vivimos un largo proceso: proceso de dominación imperialista, que comienza después de la Segunda Guerra Mundial, cuando más o menos nacemos -él, Pérez, es del '37, yo soy del '48, Millán más o menos igual, pero todos son del '68 ('65-73)- lo cual significa la penetración de capitales norteamericanos al nivel mismo de la producción. De allí vino el Nescafé, la automotriz, los electrodomésticos. La revolución en libertad... fracasó por eso. Y de ese fracaso vino el auge del movimiento de masas que ya no se detuvo hasta que casi se le aniquiló el '73. El año '65, cuando nos reuníamos en el otoño de Valdivia, se fundaba la nueva izquierda chilena en Concepción, se fraguaba la estrategia de la neutralización de la lucha de clases para toda América Latina en Punta del Este; Kennedy organizaba la Alianza para el Progreso, para el progreso de los EE.UU. El año '68 apoyamos a Vietnam, hicimos la Reforma Universitaria, tiramos huevos podridos a Robert Kennedy, en Concepción, conducidos por Luciano Cruz, que era Presidente de la FEC, salimos al campo donde llegamos casi junto con los misioneros de la CIA. Nuestra conciencia de poetas revolucionarios, se llena de contenido con estos hechos históricos que le dan forma. Nuestra conciencia plena y definitiva viene de los logros y fracasos de este movimiento popular y la conciencia que él logró desarrollar, de la cual somos depositarios..."

Después de ese taller, tengo imágenes que se imponen y superponen: reuniones literarias, encuentros callejeros (recuerdo

uno en Alameda con Cumming a mediados de los '80: Narváez caminaba a paso rápido en dirección a San Pablo donde -me contó- estaba viviendo), también tengo grabado un cambio de impresiones al pasar junto a su puesto de estudioso entre fichas manuscritas en la sala destinada a investigadores en la Biblioteca Nacional...

Muchas de esas conversaciones giraban en torno al testimonio, su gran pasión como estudioso. Recuerdo uno de sus planteamientos recogidos en una entrevista publicada en la prensa alternativa de la época: "la latinoamericana es una literatura ancilar", aludiendo a la estrecha ligazón entre las obras literarias de distintos siglos y su contexto histórico.

Uno de los principales trabajos de Narváez es "Roque Dalton, la escritura testimonio". Y otro, "El testimonio en Chile". A ello se agregan: "Maroto, testimonio de un cura revolucionario" y su libro de poesía-testimonio: "Judson Hall Tower", nombre que corresponde al edificio en que vivió en los años setenta como estudiante de postgrado en Nueva York.

ARUSPICE

En "La memoria: modelo para armar", investigación de Soledad Bianchi sobre los grupos literarios de la década del sesenta en Chile, sobre la base de entrevistas (Edición del Centro de Investigaciones Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1995), puede reconstruirse una etapa anterior de Jorge Narváez.

Allí Jorge refiere que al formarse Arúspice él "apuntaba para ser el teórico del conjunto" e, incluso, redactó una especie de manifiesto del grupo que integraban Jaime Quezada, Floridor Pérez, Silverio Muñoz, Enrique Valdés y otros.

En una de las entrevistas recogidas por Soledad Bianchi, Jorge Narváez relata:

“Sólo podré hablarte de la zona de Concepción y sus alrededores, partiendo de mi experiencia: mi abuelo era propietario de una pequeña empresa de construcción de lanchas, más algunas lanchas que ya tenía y una empresa pesquera chiquitita, con eso había acumulado un poco de dinero y había comprado tierras, y había construido tierras en San Vicente, en Talcahuano, que todavía cuando yo era niño mantenía un poco el prestigio del hermoso balneario que fue, antes que se instalara en Huachipato la industria del acero. Pero después empezó una decadencia de todo esto, y los hermosos chalets, del lugar turístico que era San Vicente, se empezaron a transformar, y sin restauración empezaron a destruirse, y tengo memoria de eso, del momento en que empieza la declinación cuando todavía existía como una industria importante la industria ballenera, de los Macaya. Cuando yo era niño, yo vi las ballenas, y como era amigo de todos ellos, íbamos a comer donde estaba la planta faenadora, pero también empezó el deterioro en este sector y, ahora, ya no existe: entonces, yo diría que es una zona decaída... Además, lo que había sido todo el esplendor del carbón había terminado mucho antes, lo que quedaba, en mi tiempo, era la miseria del carbón. Por su lado, la industria pesquera todavía tenía una artesanidad que la hacía simpática, pintoresca, si tú quieres, con esas pequeñas aldeas pesqueras a la orilla del mar, en San Vicente, y no se había transformado todavía en la industria grande de barcos recolectores... Era un mundo un poco romántico, en la imaginación de uno, porque había todos esos elementos pictóricos: la orilla del mar, y, por otro lado, una sociedad que había tenido una opulencia con el carbón y un buen vivir con el balneario y todo lo que se había producido allí y en Talcahuano, pero que ya había desaparecido: entonces, ésta era una ciudad destruida, es decir, no mantenía más que lejana memoria en rasgos urbanos de lo que había sido ese Talcahuano que fue un puerto importante cuando no existía el Canal de Panamá y había que pasar por el sur de Chile para ir de un hemisferio a otro... Así, cuando nosotros estábamos en la universidad, todo ese sector ya estaba en decadencia...”

El mismo Narváez recuerda así a algunos de los integrantes de Arúspice:

“Silverio Muñoz había tenido ya actividad literaria en Valdivia, de donde era. El venía de un Instituto Comercial de allí donde, además, era compañero de curso de Enrique Valdés, que integró “Trilce”, y ellos estaban vinculados a Carlos Ibacache que era profesor de ese Instituto, al mismo tiempo de ser -como siempre- un animador de las actividades literarias en provincia... Y Silverio llegó a Concepción con una especie de misión que fue reeditar, rehacer esa misma labor; entonces, empezó a vincularse con la gente y había grupos interesantes: estaba Sergio Lidid que escribía poesía y hacía teatro... era un loco, realmente era un personaje...; y Jaime Quezada que, en ese momento, era principalmente un estudiante de Leyes que escribía poesía y que, después, fue un poeta que pasó por la Escuela de Leyes; y estaba esa otra gente que éramos los de la zona porque Jaime Quezada estaba ahí, en Concepción, siendo de Los Angeles; Silverio venía del sur; Raúl Barrientos venía de Chiloé, pero todos éramos de Concepción; y llegó también alguien de Tomé..., Las moradas palabras se llama su libro: es Jorge Salgado; y llegó Edgardo Jiménez, de Collipulli, cerca de Angol, que es un excelente poeta, tiene poemas muy hermosos, con un tono entre lírico y coloquial, con el coloquialismo que entró con la poesía de Parra, en ese tiempo, pero nunca ha publicado...”

En el libro citado, Soledad Bianchi indica: “Ya no veremos más a Jorge Narváez, su entusiasmo apasionado, y su infatigable imaginación de realizaciones, muchas de las cuales no pudo realizar”.

Es cierto. Jorge Narváez : estudió en Concepción, tuvo una conflictiva permanencia como docente en Puerto Natales, obtuvo su doctorado -como ya dijimos- en Nueva York, hizo clases en Costa Rica, realizó estudios en Europa y, finalmente, se estableció en Brasilia, acompañando a la francesa Michèle Goldstein, su mujer desde poco tiempo antes, (con la cual tuvo una hija, según

me parece recordar) y que después de ser agregada cultural del país galo en Santiago fue trasladada a Brasil.

Hace cinco o seis años, estuvieron de visita en Chile e invitaron a un grupo de sus amigos a un almuerzo campestre. La prolija tarjeta de invitación que recibimos con Palmira Rosas por correo incluía un pequeño plano destinado a permitir el acceso a la parcela de Pirque, en la ribera sur del río Maipo, en que se efectuaría el ágape. Fue una hermosa reunión en un lugar de encantamiento. Entre los asistentes recuerdo a Jaime Quezada, Soledad Bianchi, el pintor Guillermo Núñez, Federico Schopf... Jorge Narváez fue un cálido y atento anfitrión. Desde entonces no he vuelto a verlo. Estoy esperando una carta suya con indicaciones más precisas. Por ahora, lo único que se puede hacer es hojear sus libros o recordar versos como los incluidos en "Judson Hall Tower". En el texto "New York, N.Y.", de ese libro experimental (con páginas separadas por dos cortes horizontales y distintas posibilidades de lectura) se lee:

Me lavo la voz
mientras mi voz se escabulle de su ser.

Eso

es lo que querías.

Y ahora me tienes
poblado de fantasmas salidos de una historia terrible,
reducido a las paredes de un centro que nunca quise
ver.

Hay una deuda impaga con este poeta-pensador que, más que como un fantasma, anduvo entre nosotros de duende luminoso teorizando y actuando, con generosidad repartiendo afectos, imágenes, ideas. Una historia inconclusa, un poema no escrito, un misterio por resolver... si es que la resolución de los misterios sirve o servirá alguna vez para algo.